

¡FAMOSO DON!

Ni una palabra en nuestro idioma; todas las voces que se oyen son de dialectos italianos, de bajo inglés, y palabrotas gallegas...; de aquella mezcla inconcebible es que nace lo europeo: ¡toda la Europa!

Marcelito, recorre luego la calle recta, ancha. A su izquierda se levanta la Aduana, de color de tormenta; grande, sencilla como un cuartel; á su derecha, mil cuchitriles: tabernas, tabernas y más tabernas, con rótulos en los vidrios, en las puertas, en los zócalos... Casas antiguas, bajas, con entresuelos oscuros como cuevas; bodegones de aspecto sucio y tenebroso, con mesas de pino de patas pintarrajeadas y superficie ennegrecida por el vino desparramado en ellas y por el sobajeo de los parroquianos; con banquetas duras para sentarse; con cuadros de rabiosos colorinches en las paredes, y bordalesas mugrientas dibujándose allá en las lobregeces del fondo.

En el ambiente se respiran olores cargantes de grasas, de fritos, de pescado y de humo de tabaco americano.

Y cuando Marcelito siente el mareo, la náusea de tanta vida baja, cuando se siente demasiado saturado de aquella atmósfera, sigue entonces, sin detenerse á mirar más figones, todos del mismo corte especial. Y avanzando, más le gusta la calle, que se hace más seria, con sus almacenes que la flanquean: grandes depósitos de artículos de marina en los bajos de las casas de dos pisos. Pasa el trozo que más le entusiasma, que es el que media entre la calle de Solís y el hotel Piazza Banchi, que la corta obligándola á hacer un recodo caprichoso que la hermosea á sus ojos, para ensancharse luego formando la Plazoleta de Garibaldi—admira un momento todo ese espacio andado, y dobla hacia la izquierda, por la calle de Muelle Viejo, que se angosta, obscureciéndose entre las casas

altas de inquilinato despintadas por las lluvias, viejas antes de tiempo por el descuido—que se trasluce hasta en las macetas que yacen olvidadas en los balcones, como muestras de un buen deseo fugaz de alegría, con las plantas semisecas—para penetrar luego á la calle Rampla—donde se detiene de nuevo, ante una de las primeras puertas, que es donde vive ella: la mujer generosa que le hará feliz.

Nada más que la casualidad, había sido quien le había favorecido con tantos bienes.

Una tarde, al obscurecer, que paseaba él su melancolía por la calle de Rincón, al llegar á la esquina que forma ésta con la de Misiones, se encontró de manos á boca con ella, quien le pareció, que para ser de Montevideo, podía ser un ideal... relativo.

Con paso apresurado, y un atado de bastante bulto bajo el brazo, cruzaba la calle la hermosa muchacha. Parecía ser una costurerita, una de esas pobres mártires del trabajo, y de algún padre vicioso, que mantienen una familia y viven miserablemente con los pocos reales que ganan cosiendo bombachas y chalecos para las roperías. Su cuerpo, aunque débil—como adelgazado por trabajo rudo—mostraba, no obstante, al través del sencillo vestido de merino negro, líneas delicadas, que indicaban algo muy bueno deformándose á los embates de la miseria, que lo quiso cruelmente, para sí; parecía una planta finísima, digna del parque más lujoso y de los cuidados más solícitos, creciendo tristemente en campo de malezas por inexplicable casualidad. Su rostro pálido y bonito tenía, como marcada, una expresión de felicidad, un algo picaresco, que contrastaba notablemente con sus ojeras negras y sus desdichas presumidas.

Marcelito se detuvo para verla pasar, sintiendo que el corazón le daba un vuelco, «¿Por dónde se empieza?», se preguntó, y su garganta se negaba á dejar salir una palabra, ¡la primera que iba á pronunciar para poner á prueba su don! En el momento en que la joven pasaba por su lado, clavando en él sus negros ojos, para bajarlos en seguida, ocultándolos tras sus largas pestañas, Marcelito, haciendo un esfuerzo sobrehumano de voluntad y poniéndose rojo de vergüenza, dijo con voz extraña:

—¡Ricura!... Y en vez de quedar satisfecho de su aplomo, quedóse aún más avergonzado y como sintiendo, allá en el fondo, la impotencia de su don. Pero bien

pronto le inundó una ola de alegría y de confianza, robándole el rubor: la modistilla había dado vuelta el rostro para mirarle.

Se lanzó en seguimiento de la hermosa costurera.

Ésta, tomaba por Misiones, hacia abajo, con su pasito siempre apresurado, sin volver más la cabeza, con la vista fija en su camino como si ante ella llevara dibujado un cuadro que la preocupara; sin acordarse más de aquel «ricura» pronunciado cerca de su oído, y que la había sacado de su ensimismamiento, haciéndola volver la cabeza, para ver si el que se lo dirigía era algún conocido. Y Marcelito, veinte pasos más atrás, hinchado de satisfacción, imaginando á toda vela; figurándose que la costurerita no se daba vuelta por vergüenza; que aquel apresuramiento era el miedo de no poder dominarse; era el deseo de buscar fuerzas en la soledad, para resistir la terrible tentación; pero que todo era inútil, que ya le pertenecía, que era de él, que los dos se amaban locamente, que vivían en perpetuo éxtasis, que sus amigos estaban llenos de asombro y envidia; que le admiraban, que le buscaban para oír de sus labios los relatos de las conquistas de su don admirable; que ellos se subyugaban con sus palabras y le respetaban como á un caudillo; que alrededor de su cabeza, tenía ya, como una aureola esplendorosa que atraía á las mujeres: ¡Era el prestigio de su poder de conquistador de corazones, el don de enamorar irradiando luz, y en su misión, haciendo prosternar, ante sí, á las víctimas del capricho de su dueño!

Sí, Marcelito, en aquel momento, hubiera dado cualquier cosa por encontrar á un amigo en su camino (sobre todo al que le dijo que le faltaba el don), lo suficientemente perspicaz, para que comprendiera, que, en aquel momento, iba ocupado, á hacer rendir una plaza que ya estaba por entregarse á discreción.

La joven llegó á la calle 25 de Agosto, caminó hasta encontrar la de Muelle Viejo, que cruzó al sesgo y penetró en la calle Rampla, en una de las primeras puertas. Marcelito se apresuró, temiendo que se le perdiera, y llegando á la misma puerta se detuvo, mientras ella comenzaba á subir la escalera de aquel zaguán húmedo y sucio. Otra vez sintió que se atoraba, pero otra vez pasaron por su mente las angustias en que vivía, y aguijoneado por esta idea, sin saber siquiera lo que decía, hablando maquinalmente, murmuró:

— Tengo que hablarle... — La jovencita se detuvo, de pie en un tramo de la escalera, preguntando sorprendida:

— ¿Qué se le ofrece?

— Ya ve — agregó Marcelito recobrando bríos y penetrando en el zaguán — la he visto á usted... la he seguido... Y aturdido y confuso, se vió como encerrado en un brete sin salida.

— ¡El tipo!... — exclamó la muchacha agotando en la palabra todo su desprecio; y luego soltó un: ¡Mamarracho! acompañado de una carcajada cristalina que repercutió como cascabeles en el solitario zaguán. La muchacha desapareció subiendo á saltos los escalones y dejando al héroe, pálido, inmóvil, con los brazos caídos y palpitándole en sus labios una grosera palabrota, que trituró en sus dientes para que ella no la oyera.

Sí, todo eso lo recuerda Marcelito; pero, la confianza en su poder no disminuye; y luego la hermosura de la chaquera, el medio en que se va á desarrollar su novela, su ambición de anonadar á sus amigos, que dudan de su don, y el amor propio empeñado ahora en la lucha, pueden aún mucho más y le dan valor para proseguir. Aquel inesperado — «Mamarracho» exige una explicación, que será amplia, inmensa; tan amplia, tan inmensa, que la costurerita lo va á rescatar al precio de ella misma; lo va á rescatar con su amor. Marcelito, sigue, por eso, con empeño tenaz, la lucha de halagadoras promesas, y va, todas las tardes, al oscurecer, á pararse en la esquina de Rincón y Misiones, para esperar que ella salga del registro, donde va á dejar y á buscar costuras; y luego, la sigue como la primera vez, hasta su casa.

Ella no le hace caso: unas veces se ríe de él, otras se apura mucho, para que no pueda acercarse y en cuanto llega á su casa, sube la escalera con ligereza de una gatita asustada; otras, en cambio, se ha detenido para llamarle (poniéndose muy colorada y temblándole los labios): «insolente, atrevido, mal educado y cara de fraile capuchino»; y ha agregado, haciendo un ademán con la mano y como si asustara á un niño con el cuco, que como vuelva á seguirla, le va á hacer llevar preso.

— ¡Bah! — exclama Marcelito. — Las frutas que están en las ramas más altas de los árboles, caen, lo mismo, cuando están maduras. ¿La costurerita iba, acaso, á resistírsele á él? En cuanto sacudiera el árbol, se vendría al suelo, ¡para eso estaba la fuerza de su don! Las frutas

de las ramas bajas, son para los pequeños, para los tipos vulgares, incapaces de conquistar un corazón.

Aquella tarde, Rosita, ataviada ya, con su sencillo vestido de merino negro y en posesión del atado de las costuras que debía ir á entregar, bajó al portal, en el que se detuvo, mirando impaciente á los dos lados de la calle. Era más tarde de lo que deseaba, y con un poco de demora, cuando llegara, ya iba á estar cerrada la ropería

A los pocos instantes, apareció, dando vuelta la esquina de la calle de Muelle Viejo, y viniendo en dirección hacia Rosita, un alto y fornido mozo. Vestía burdo pantalón de paño azul, desteñido en las rodillas, y camisa de lana, á grandes cuadros, blancos y negros; cubría su cabeza un gacho gris, cuya ala levantada de adelante con *compadre* altivez, dejaba el rostro libre de sombras.

Se acercó á la muchacha, que le hacía señas para que se apurara, y en vez de saludar, escupió despreciativamente dando vuelta la cabeza y luego preguntó, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano, mirando fijamente á lo profundo de los ojos de ella:

—¿Ya te bas?

—Sí.

—Bueno, bolbete después en seguida, que ya estamos prontos. Yo, ya largué el trabajo, y vide hoy á los muchachos.

—¡Por Dios, Manuel! No hagás una barbaridá...

—¡No siás boba! Andate no más; no quiero más qu'enseñarle á ese cajetilla, lo que semos los de Capurro...

Rosita se despidió, tendiéndole la mano que él apenas tocó con sus dedos gruesos.

Manuel se quedó un momento, sin moverse, viéndola alejarse, y luego, mientras con una mano metía las puntas del pañuelo que tenía en el pescuezo por la abertura de la camisa y con la otra se acomodaba la faja, exclamó con rabiosa ironía:

—¡Tan luego en mi nobia, bino á fijarse el... cangrejo!—y caminando despacio, se alejó también, haciendo sonar sus gruesos botines en la vereda de la calle sola, y hamacándose de hombros con suave balanceo.

.

Florencio Otero Mendoza.

(Concluirá en el número próximo).

EN LA CUNA

¡Que no bese una ráfaga importuna
la frente de ese niño que reposa,
como un pimpollo pálido de rosa
en el búcaro blanco de la cuna!

¡Que no flote un rumor! Dejadle quieto
sonreír al espacio iluminado...
él lleva en sus encantos el secreto,
que liga el porvenir con el pasado.

Es un ángel surgido en el misterio
de las tibias ternezas de la alcoba...
como brota, temblando, de un salterio
de dos cuerdas no más, sólo una trova.

Es un ángel creado en el connubio
de dos almas gemelas y aurorales;
un poema de luz; un niño rubio
oculto entre el albor de los pañales.

Es un niño que duerme arrebujaado
entre blancas batistas temblorosas,
como un lirio en capullo desmayado
al paso de un tropel de mariposas.

¡Oh! dejadle dormir, pálido y tierno
en su cuna de amor como una aurora!
el niño es un principio de lo eterno,
la cuna es el altar donde se adora.

¡Dejadle reposar risueño y frágil,
bajo la santa egida del cariño;
mañana será hombre, será ágil,
un atleta tal vez será ese niño!

Dejadle reposar, tal vez mañana,
será de vida un ejemplar fecundo;
¡y del trabajo en la triunfal diana
con sus manos de hoy levante un mundo!..

Duerme, infante gentil; sacros murmullos
arrastran de creación las brisas cálidas;
afuera: están brotando los capullos,
y rompiendo su cárcel las crisálidas.

Afuera. Bajo el clima de los trópicos
vaga un polen de amor por las praderas:
están quietos los árboles hidrópicos,
han plegado su copa las palmeras.

Todo vibra. En las copas de los álamos
 tiemblan ebrias de besos las libélulas;
 y de la selva en los ocultos tálamos
 la vida esparce sus fecundas células.

Duerme... que Dios en la creación asoma,
 y blanco en una exhalación de luna,
 tiende el sueño sus alas de paloma
 sobre el búcaro frágil de tu cuna...

.

Oh! dejadle dormir; abierta gema
 de vida, el niño al porvenir afianza:
 ¡cada mujer fecunda es un poema!
 ¡cada niño que nace una esperanza!..

Francisco A. Riu,
 Argentino.

La Plata 99.

INCÓGNITA

Para Ubaldo Ramón Guerra.

Se eterniza al Dolor como un estigma,
 sus besos se aborrecen como infamias,
 y el Dolor purifica las conciencias
 y es juez inexorable de las almas.
 Oh, Dolor que triunfante te paseas
 por dentro de mi ser como una garra
 que se hunde en los tejidos, y no deja
 su rastro por el sitio donde pasa;
 que mata entre las sombras, y se ríe,
 que hiere entre las brumas, y acobarda;
 que espata sus venenos en las mieles
 y tiñe con su púrpura las aguas;
 oh, Dolor que no flotas, ni resurges,
 ni provocas, ni finges, ni anonadas,
 tu calma hiere más que tus puñales:
 ¡me buscas, me acuchillas... y te callas!

Oh, sombríos nocturnos de rencores,
 infinitas catervas de desgracias,
 ignotos sufrimientos que se sueñan
 y nacen, y se extinguen y se apagan;
 sois todos más felices que los míos,
 más felices que todas mis borrascas;
 menos tristes que todos mis dolores
 que ahogan, que se burlan y amordazan!

Yo no tengo en los labios la ironía,
 yo no tengo el desprecio en la mirada,
 mis manos todavía no conocen
 cómo las manchas del honor se lavan;
 yo simulo dulzura en las sonrisas
 y dulce placidez en la mirada...
 ¡y aquí en mi corazón y en mi cerebro,
 qué sombría y sangrienta es la batalla!

Creencias candorosas de otros tiempos,
 cómo os tumban las ráfagas heladas:
 imagen de mi novia ¡no te esfumes!
 imagen de mi madre ¡no te vayas!
 Los sueños de la cuna me atormentan,
 las hoscas tempestades me amenazan,
 y en vez de la paloma de los sueños
 el cuervo del Dolor tengo en el alma!

¡Veinte años nada más! Y ya conozco
 las dudas, y el desprecio y la venganza...
 veinte años nada más, y ya he perdido,
 por un mismo aquilón arrebatadas,
 mi madre, de mis brazos cariñosos;
 la Fe, de lo recóndito del alma!
 Y he llorado en silencio mi derrota
 con la estoica frialdad del que se calla
 y se muerde los puños... y no llora
 y se bebe su lloro... y se emborracha!

No te veo. ni te hallo, ni me escuchas,
 oh, cuervo, que al cebarte no descansas,
 que te nutres con todos mis ensueños
 y bebes el tesoro de mis lágrimas;
 prosiga tu banquete... pero escucha,
 silencioso minero de mi alma:
 descarga tus furores en mis carnes,
 empáñame el cristal de la mirada,
 mas no hiera tu pico ensangrentado
 cerebro y corazón porque me matas...
 ¡Dentro del corazón vive mi madre
 y dentro del cerebro está mi amada!

Manuel J. Sumay,
 Argentino.

Buenos Aires, Primavera del 99.

LA VENUS DE CALIFORNIA

(Del libro «Fantasías y Recuerdos», próximo á aparecer)

¡Cómo invadía el pequeño local de los bajos del hotel Gillow aquel gentío que iba á admirar la gran escultura, blanca como los ensueños del poeta, desnuda como la realidad de una ilusión!

La Venus de California.

No surge de las espumas del mar, no provoca con los encantos afrodisíacos, no incita, no alucina.

Allá, en lo que pudiera llamarse su camarín rojo, está de pie, siempre de pie sobre su pedestal de mármol, amplio y macizo para soportar aquella estatua que semeja á la mujer amada al salir del baño y cuyas desnudeces sólo pueden ser vistas con las miradas del amor.

La Venus Californiana surge entre tiestos de plantas de sombra como si fuera lampo en el crepúsculo matutino; la inundan focos de luz incandescente que abrillantan sus formas i muestran sus desnudeces bajo un *plafonde* de damasco rojo como el deseo, granate como el color de los labios virginales que dan el primer beso.

Circuida de luz eléctrica, amparada por los confinados del campo, aquella escultura, con todo i su desnudez i su materia de mármol, habla más bien al corazón que á los sentidos; aquella estatua naciendo, por decirlo así, de algo espiritual, arroba el pensamiento i mata las pasiones.

Cuando yo penetré á la estancia en que se exhibe á esa Venus, tuve la misma impresión que si me hallara en la alcoba de una virgen desnuda; experimenté los efectos que me produjera la súbita aparición de una reina sorprendida por un vasallo en los momentos caprichosos de entregarse á las voluptuosidades de la contemplación de su cuerpo en la cámara real.

Y sentí en mi alma una mezcla de goce i de temor.

Ahogábanse en la alfombra mis pisadas i un remordimiento como de profanación se apoderó de mi ser.

Estaba en la alcoba del arte, allí donde duermen los

sueños de la inspiración i reposan en su tálamo las ideas realizadas.

I allí, una mujer en pie puesta de espaldas, ofreciendo unas de las estrofas del poema de la carne, desde la ensortijada cabellera del cráneo hasta el tobillo, ebúrneo y delicado.

Bajaba la línea en curvas combinadas, interceptándose en puntos que el genio supo crear, i cada perfil, cada rasgo acusaba el ahinco del artista creador.

Los hombros se contraen con el ademán del supremo desdén; en la espalda, echada hacia atrás, se adivina el desprecio á lo que no quiere verse; las caderas son combas que parecen huir como olas fugitivas, i el muslo medio doblado amenaza contraerse para ocultar sus bellezas.

Esa Venus, vuelta de espalda, es la mujer desdeñosa que juega con nuestra admiración.

Gira el pedestal, i su ruido, como sonido mágico, interrumpe el éxtasis.

Poco á poco, la escultura es puesta de perfil i van descubriéndose, heridos por la luz artificial, el corte de un rostro ideal; la línea de la frente, en la que caen al descuido los pequeños bucles de la cabellera, el vellocino de la ceja, los hilos de las pestañas, el contorno de la nariz griega, el ángulo pequeño de los labios i la curvatura delicada de la barba.

Después destácase el lado del cuello de torcaz alegre, las cúpulas sombreadas de los senos coronadas por un botón saliente, i el diseño del talle, del que arrancan bellezas plásticas, dignas de ser cantadas por Apolo.

Al ver girar la Venus, parece como que la mujer amada cede á nuestros ruegos, teniendo un pensamiento de compasión i una sonrisa de cariño. Como si una promesa nuestra la halagara, como si un juramento la trajera á nuestro regazo.

Torna á girar el pedestal i nuestra admiración entra de lleno bajo el *plafonde* rojo, abismado con los efluvios de luz incandescente.

Abarca nuestra vista toda la desnudez de aquel cuerpo que habla al corazón i nuestra alma se halla frente á frente de las ideas realizadas, de la inspiración satisfecha.

La estatua es entonces una ilusión inesperada, es el conjunto del poema de la carne, cuyas estrofas ahogan toda pasión mezquina para elevar al espíritu á las regiones de lo ideal.

Yo he profanado la alcoba, el baño de esa Venus, i desde entonces, sueño con ella como se sueña con una ilusión nunca alcanzada.

Lázaro Pavía,
Mexicano.

México, 1899.

LA PRUEBA

Dudaba yo de su cariño. Un día,
en mi pasión desatentada y loca,
mientras ella adormía
y entornaba, al reir, los dulces ojos,
logré robar tres besos á su boca.
¿Quién se embriagó una vez en el perfume
de unos labios de fuego, y no ha sentido
de embriagarse otra vez, nuevos antojos?
— Deja, insistí; que en otro beso ardiente,
se una al fuego que mi ser consume,
la fresca llama de tus labios rojos.
— No seas importuno,
dijo, inclinando de rubor la frente.
Y prosiguió: — ¿No acabas de darme uno?
¡No dudé más de su pasión! ¿No habrían
sido mis dudas criminal exceso,
cuando le parecían
mis tres besos de amor tan solo un beso?

*¿Si me gustaría
que mis besos le
parecieran uno, cuando
eran muchos? —*

Moisés Numa Castellanos,
Argentino.

Buenos Aires, Noviembre de 1899.

RASGUEOS

Ya de las estrellas á la lumbre pálida
abrieron los buhos sus ojos de brasas,
y de la llanura por sobre la grama,
describiendo giros, van las *luces malas*;
ya del teru-tero, que en las chircas vaga,
el alerta suena que al batracio espanta,
y del bosque pueblan las oscuras salas
diminutos fuegos y fantasmas blancas...
Trae, gentil morena, la dulce guitarra,
la de azules cintas, la de cuerdas áureas,

en donde los *tristes* lloran sus nostalgias
 y los *pericones* suspiran y cantan.
 Despierten tus dedos las notas aladas
 que imitan rumores de besos y danzas,
 despierten tus dedos las notas aladas
 que duermen al borde del puente de nácar.
 Ya forman los mozos en filas compactas
 y los bastoneros despejan la sala...
 Mira cómo lucen las dagas de plata
 en los *tiradores* de seda bordada...
 Los ponchos ondulan, las manos se enlazan,
 rechina una espuela cual choque de espadas,
 y entre las *totoras* del techo de paja
 varias golondrinas despiertan y cantan...
 Trae, gentil morena, la dulce guitarra,
 la de azules cintas, la de cuerdas áureas,
 con suaves efluvios de trébol zahumadas,
 tejidas con hebras del sol de la patria.

Germán García Hamilton.

Buenos Aires, Noviembre 14 de 1899.

UNA VENGANZA

(Traducido expresamente para LA REVISTA, del *New-York Herald*,
 del 10 de Septiembre último.)

Llega de París el relato de uno de los más extraordinarios casos de refinada venganza femenina que se hayan conocido, y el caballero que nos lo trae atestigua su veracidad, afirmando, á la vez, que durante semanas enteras ha sido el tema obligado de las conversaciones en el Barrio Latino y fuera de él, refiriéndose el hecho en forma cada vez más emocionante y más adoptada al gusto parisién.

Hará unos quince años llegó á París un joven destinado á figurar entre los más brillantes pintores de género, ocupando elevado puesto en el dominio del arte. Su nombre era Jules C..., y los hoy mortales despojos del gran pintor descansan en un pequeño cementerio de los suburbios de París, no muy lejos del manicomio de Neuilly, donde murió, víctima del odio sutil y vengativo de una mujer.

Cuando C... estaba entregado á lo que Balzac denomina la lucha de la idea con la forma, y palpaba ya el medio que lo llevaría á la perfección de sus talentos, ocupaba un es-

condido estudio en la *rue Dauphine*, en el cual trabajaba con gran asiduidad, dejándose ver afuera rarísimas veces. Sin embargo, el concurrir á un baile de alegres estudiantes dióle ocasión de sentirse inclinado á amenizar la monotonía de su sistema de vida, como quiera que en la alegre reunión viniera á enamorarse de una hermosa muchacha, hija de un comerciante que, cabalmente, profesaba intenso odio á los artistas en general. Su afección fué correspondida; pero ello no dió lugar á que se concertase matrimonio, debido, por una parte, á la oposición del papá de la joven y por otra á la carencia de recursos de que hubieran necesitado para realizarlo. Sin embargo, todo esto no obstó á la unión de ambos amantes, puesto que, procediendo con arreglo á las costumbres y modo de ser de ese alegre medio social en que viven estudiantes, pintores, etc., el artista y la *bella innamorata* tomaron alojamiento juntos en un lindo arrabal, en el cual fueron completamente felices durante un tiempo consagrado á amarse mutuamente.

El artista empezó á pintar grandes cuadros y pronto se encontró aceptado en el Salón. Con la conquista de sus primeros éxitos en este terreno coincidió, no obstante, el enfriamiento de su cariño hacia la mujercita que todo lo había abandonado por él, y con tal motivo hubo, de parte de ésta, recriminaciones y lágrimas, ineficaces ya para hacer revivir un amor que agonizaba en el alma del artista. Con característica volubilidad dejó éste, cada vez más, de frecuentar la linda casita del arrabal, en la cual su apasionada amante lo esperaba con la muerte en el alma, concluyendo, finalmente, por abandonarlo del todo.

Loca, desesperada, llena de vergüenza y de rabia, la gentil hija de la burguesía, dirigió á otros puntos sus miradas y sus encantos y, por último, llegó á ser la querida de un noble ruso que, á la circunstancia de ser un tanto achacoso, unía la de poseer una gran fortuna.

Contentísimo de haberse desembarazado de la mujer á cuyo amor tan mal había correspondido, Jules volvió á consagrarse á su arte con más empeño que nunca y pintó algunos cuadros de gran mérito. Los compradores de éstos, no obstante, jamás permitieron á C... exhibirlos, adquiriendo sus trabajos casi antes de que la pintura se secase sobre la tela. Quedóse sumamente sorprendido, por tanto, al darse cuenta de que era tal la fama de que gozaba en Inglaterra y Alemania, que los comerciantes en cua-

dros, según se lo manifestaban, tenían orden de comprar sus obras tan pronto como estuviesen terminadas. Esto hizo nacer en él el deseo ardiente de hacerse conocer en su propia patria, pintando un gran cuadro que permaneciera en ella; pero apenas había dado fin á la obra maestra proyectada, que le hubiera dado gran fama como artista, cuando cabalmente un comprador se la arrebató de las manos, dejándole en cambio una gran suma de dinero y la promesa de exhibir el cuadro en París. Esta promesa jamás fué cumplida, desapareciendo la pintura como habían desaparecido otras anteriormente.

Este estado de cosas mantúvose así por espacio de cuatro ó cinco años, durante los cuales C... puso por entero su corazón y su inteligencia en el arte y dió término á obras que le hubieran dado gran renombre si hubiesen sido siempre exhibidas.

Un día encontró C... una carta sobre la mesa. Era una esquela balsonada en la que se solicitaba su presencia en cierta casa de campo cercana á St. Cloud, donde, se le manifestaba, un personaje importante le encargaría un trabajo. Jules, sin abrigar la menor sospecha, acudió á la cita.

La recepción del artista en la casa de campo dióle á conocer que se le esperaba y que se habían adoptado á su respecto ciertas disposiciones. Después de atravesar espléndidos vestíbulos, salones y cámaras, fué introducido en una pequeña habitación que estaba casi á oscuras y cuya puerta fué cerrada inmediatamente. Tan pronto entró en ella fué agarrado, atado de pies y manos y llevado á otra pieza más interior. Allí fué dejado á solas con su pensamiento, meditando sobre lo extraño de su nada agradable situación.

Pronto, sin embargo, la cortina que ocultaba uno de los extremos de la pieza, se descorrió del todo dejando ver un salón con las paredes cubiertas de cuadros é iluminado por las fantásticas llamas de una chimenea ú hogar de fuego muy vivo y brillante y, para asombro del artista, deslizóse de la penumbra y colocóse de pie, delante de él, una mujer regiamente vestida y adornada de joyas, y con expresión de imperioso desdén nublándosele á C... los ojos y deteniéndosele los latidos del corazón al ver, por fin, que aquella mujer no era otra que la bella á quien en otrora había seducido y abandonado, y que, además, las pinturas que adornaban los muros del salón eran nada menos, que todas sus propias obras maestras.

« Señor, empezó por decir con mucha calma aquella mujer que desde luego se presentaba á su vista como la encarnación de la venganza; quizá usted puede á primera vista darse cuenta del motivo por qué lo he hecho venir hasta aquí; no es otro sino el de obligarlo á avergonzarse de su perfidia, ya que está usted enteramente á merced mía. Pero me permitirá que, primeramente, le haga saber quién soy: no piense, ni por un instante siquiera, que está usted en presencia de la pobre muchachuela á quien robó todo cuanto podía hacer amar la vida y luego arrojó sobre el mundo, desvalida y desesperada. No, señor; soy la viuda del Príncipe de X..., el hombre que me amparó en mi dolor y en mi desgracia á usted debidos y que me honró dándome su noble nombre y haciéndome su heredera. Murió dejándome bastantes bienes para poder realizar cualquier designio que la rabia de mi corazón me hiciese concebir contra usted, y ahí tiene cómo resulta que era yo quien compraba sus pinturas. Mírelas ahí; ahí está la misma flor y fruto de su genio, la savia de su vida!

« Bien, señor; tendré lástima de usted y abreviaré sus sufrimientos ». Y, sacando un cuchillo de su seno, deslízose hasta la más próximas de aquellas obras maestras y con cuatro rápidos cortes la separó del marco. Después, estrujando la tela como pelota, avanzó pausadamente hasta el hogar y la arrojó en las llamas, vigilando con diabólico placer la destrucción de meses enteros de penoso trabajo y de esperanzas. « Voilá, monsieur », dijo como solamente una parisiense puede decirlo.

C... gimió en lo profundo de su alma y echó atrás la cabeza, cerrando los ojos; pero solamente para ser llamado de nuevo á la realidad por otro chirrido del cuchillo, y otro y otro, producidos al cortar aquellas telas que adoraba. Aquello era como si asesinasen sus propios hijos, justamente delante de sus ojos, derramando la sangre de su propia vida. « ¡ Ah! ¡ cuán felices éramos en nuestra pequeña casita, señor! », charlaba entretanto la vengativa dama, como quien, al atravesarle á otro el corazón de una puñalada, exigiera á su víctima que admirase la pedrería de la empuñadura del arma mortal que le hiere. « Sólo la que haya sido tan feliz como yo, podrá encontrar su corazón dispuesto á odiar con tanta intensidad; podrá hallar placer delicioso en la venganza ». A las llamas fueron á dar, una por una, las estrujadas telas, y el creador de aquellas obras maestras, estirando violentamente las cuerdas

que lo ataban, apartó, al fin, la faz de aquella escena, lanzando gemidos como los de un condenado atado al potro en un calabozo de la Inquisición. La pieza se llenó de espeso humo, y aún continuó charlando la impasible mujer, subrayando sus ironías con cuchilladas dadas á las telas, hasta concluir con la última de aquella valiosa colección que representaba miles y miles de francos y la misma gloria de uno de los más grandes genios de Francia. Después pasó á través del espeso humo y se inclinó sobre su víctima, sorprendiéndose de ver que, apiadándose de ella la naturaleza, la había sumergido en mortal desmayo.

Todavía inconsciente, el artista fué llevado en un coche cerrado á París y allí depositado en un hospital, donde fué vuelto á la vida con gran dificultad; pero, después de varios días de fiebre y delirio, se notó que había quedado loco y sin dejar abrigar esperanzas de curación. De allí fué enviado á un asilo en Neuilly, donde se fué consumiendo lentamente en pocas semanas, muriendo al fin, virtualmente de pesadumbre. La princesa por ese tiempo había traspuesto la frontera de Rusia, donde ahora lleva el cetro de la moda en la mejor sociedad, lejos de los sitios de sus tempranas dichas y miserias, mientras que todo lo que era mortal en C... yace en una tumba recientemente abierta en modesto cementerio, y las obras maestras que lo hubieran transformado en una encumbrada gloria del arte de Francia y del mundo, yacen también entre las cenizas del hogar, en la retirada casa de campo cercana á St. Cloud. Tal es la relatada historia del amor, odio y venganza de una mujer, que nos presenta con rasgos de refinada crueldad, propios de las reinas de la edad media.

Carlos Sánchez.

¿TE ACUERDAS?

Tendido había el vesperto
 Su manto de colores,
 Las ráfagas del viento
 Gemían al pasar,
 Doblaban en los tallos
 Sus cálices las flores,
 Y en el cristal del cielo

Sus últimos fulgores
Muriendo desleía
La luz crepuscular.

¿Te acuerdas, sueño mío,
Mujer encantadora,
De esa apacible tarde
En que te hablé de amor?
¿Te acuerdas?... ¡Como entonces
Mi corazón te adora,
Resplandeciente estrella
De mi primera aurora,
Flotante y negra sombra
De mi primer dolor!..

Antolín R. Lassús.

HOLOCAUSTO

Cual murciélagos inmensos los nubarrones se acercan,
Y en sus pupilas oscuras hay relámpagos de espanto.
¡Abre pronto mi ventana, míralos cómo me cercan
Con sus alas empapadas en la lluvia de mi llanto!

¡Mira, mira cómo pasan en caravana sombría
Como arpías fulgurantes de un ejército maldito,
Y semejan amazonas, amazonas de Etiopía
Que en sus corceles de llamas van con rumbo á lo infinito!

¡Abre pronto mi ventana, quiero sentirme aterrado.
Ya pasó la hora del llanto, ya pasó la hora del ruego;
Quiero ver cómo atraviesan el tormentoso nublado
Los relámpagos veloces como cóndores de fuego!

¡Abre pronto mi ventana! Ven mi Némesis; alegre
Con tus venganzas mis odios, déjame morder tu seno:
¡Rimen los genios del rayo la infinita estrofa negra,
Y retumbe en los espacios el apóstrofe del trueno!

¡Nuevo Abraham de mis amores, voy á preparar la hoguera
Donde ha de quemarse el hijo de mis locos embelesos,
El tesoro que he guardado de esa corta primavera
Que en el jardín de una boca perfumó todos mis besos!

¿Qué hay en este cofre? - cartas; muchas cartas, muchas flores,
Lazos, rizados, pensamientos y mariposas escritas:
¡Versos todos del Poema de mis pasados amores,
Joyas de hermosos matices, como serpientes malditas!

¡Abre pronto mi ventana, quiero dárselos al viento;
Con esa presa divina verás que el viento se calma:

¡Ay, para saciar su gula le doy todo mi tormento,
Para acallar su avaricia todo el oro de mi alma!

¡Allá van los pensamientos y las cartas entreabiertas,
Allá van las flores secas, allá van cintas y lazos:
Allá van todas mis dichas como mariposas muertas,
Allá va toda mi vida fragmentada en mil pedazos!

¡Oh, qué horrendo apocalipsis; el rayo en la sombra vibra
Como la espada encendida de los ángeles perversos,
Mientras yo, en mi sacrificio, me arranco fibra por fibra
Y con sangre de mis venas hago mis últimos versos!

.
.
.
.

¡Oh dolor, qué pronto pasas; en el alma no hay vacío,
Ya está todo consumado; ya celebré mi holocausto.
El relámpago y la lluvia son en mi cielo sombrío
Una sonrisa de Heine y una lágrima de Fausto!

Como víboras extrañas del infierno de mis iras,
Silban los vientos helados al pasar por mis oídos,
Y frasean juramentos, juramentos y mentiras,
Y remedan tiernos besos y engañadores gemidos!

Voy hacia el mar, presuroso; quiero estar con él á solas,
Quiero hablar de mis amores, de mis dichas y mis penas,
Mientras oigo los rugidos de las encrespadas olas
Que parecen leones pardos de blanquísimas melenas!

¡Oye, ese ruido es el salmo de mis esperanzas rotas;
Las olas son mis ideas; la tempestad soy yo mismo:
¡Oh, mis pobres ilusiones: son esas blancas gaviotas
Que hacen el nido en las peñas, y se lo traga el abismo!

Julio Herrera y Reissig.

SOBRE « GAUCHA »

Señor Javier de Viana.

Montevideo.

Mi estimado amigo :

Concluyo de leer su último libro, y no puedo sustraerme
al deseo de transmitirle el reflejo de la impresión que su

lectura me ha dejado, por más que comprendo el escaso valimiento de una opinión que como la mía no tiene otro mérito que el que le presta la sinceridad con que la emito. ¿Y sabe usted dónde está el porqué de la vehemencia de ese deseo?—pues está en que los encantos de *Gaucha* han tenido la virtud de entusiasmarme, sensación que ya me paso tiempos y tiempos sin experimentar leyendo.

Pero, es que su libro es muy bueno, al punto de que en mi leal saber y entender, *Ismael* y hasta la propia *Beba* tendrán que hacerse á un lado, para dejar que pase *Gaucha* y ocupe el primer puesto en la novela uruguaya.

Uno de los méritos que más singularmente se destacan entre todos los de que está impregnada, consiste, á mi juicio, en la dosis homeopática en que usted ha sabido aplicarle su vasta erudición, cuya amplitud adivina no obstante el lector sin mayor esfuerzo. Hace usted en ella con su bagaje de conocimientos lo que esos individuos que usan reloj sin cadena, que uno puede pasar por junto á ellos sin advertir que lo llevan, porque no lo sacan sino cuando tienen necesidad de ver la hora, y así, para gloria suya, ha violado usted la práctica odiosa á que se ajustan muchos de nuestros coetáneos literatos, que á fuerza de amontonar citas, transcritas ó parodiadas de grandes autores, hacen comparables sus producciones á los erutos de melón, pues, por el olor conoce uno lo que han comido. Permítame lo grotesco del símil, en obsequio á lo gráfico que me ha salido.

A esta altura de la carta levanto la pluma para provocar en mi memoria el desfile de todos los personajes de *Gaucha* á fin de proclamar uno de ellos como mi preferido. ¡Viera usted los apuros en que me encuentro! ¡Me gustan tanto todos!

En verdad: con sinceridad le declaro que no conozco ningún gaucho como *Don Zoilo*, el cual se me antoja en extremo reconcentrado para no hacer otra cosa que trenzar lazos, pero, está tan bien hecho, que me siento impulsado á concebirlo como real.

El rubio Lorenzo, lanzado á la vida del matreraje por la anestesia de su fibra sensible, está tan bien tratado que resulta de una verdad asombrosa.

Juana, la flor del pago, que dotada de una naturaleza singular concluye asfixiada en un ambiente enrarecido para un organismo viciado por corrientes atávicas, sale del

crisol de su talento convertida también en flor del libro. Cuando la conocí, se me vino á la mente la clásica frase con que Sarmiento sintetizó su juicio respecto de la cultura de ambos márgenes del Plata, y tergiversándola me dije: la pollera de burdo merino, no logra apagar en ésta, el *frou-frou* del viso de seda.

Pero, con todo, si me obligaran á pronunciarme por uno de los personajes que tejen la trama de *Gaucha*, aunque vacilando, optaría por doña Brígida, porque leyéndola la vi, y hasta se me antojaba abrigada con rebozo de lana á cuadros blancos y negros, tomando mate condimentado con azúcar quemada, cáscara de naranja, y anís en grano, cebado en la vereda de piedra desigual del guardapatio de la estancia por una negra chica y *guacha*, cerca de la cual no había de levantar nunca la mano sin que la negrilla se encogiera ladeando la cabeza para librar del coscorrón.

Nada le diré del color que realza la magistral pintura del bañado y demás descripciones en las que se advierte positivo derroche de talento y deslumbrante lujo de fina observación, porque usted sabe que soy su viejo admirador en el género, y que desde que apareció *Campo* sostengo que nadie ha visto nuestra campaña como usted, con ser que en *Campo* no figura *La azotea de Manduca*.

Me apercibo que dejándome llevar de mis recientes prácticas de periodista á la línea, me he extendido demasiado sin acordarme que sus éxitos de novelista no lo obligan á soportar *latas*, é insustanciales por añadidura.

Sin embargo, permítame todavía un desahogo de patriótico egoísmo sugerido por su *Gaucha*. Al comparar nuestros jóvenes literatos con los de este país, me veo obligado para poder expresar cumplidamente mi sentir, á exclamar, con el insigne poeta portugués:

As aves que aqui gorjeiãõ, não gorjeiãõ como lá

Con las más calurosas felicitaciones por su triunfo, le estrecha la mano con el aprecio de siempre su amigo afectísimo.

J. Barbosa Terra.

Buenos Aires, Noviembre 2 de 1899.

MONTEVIDEO

Para Julio Herrera y Reissig.

Llega el Atlántico mar
Y el Plata con sus caudales
Y ambos se van á juntar
En las playas orientales;
Y los dos quieren al verlas
A porfía conquistarlas,
El mar, para guarecerlas
Y el río para besarlas.
Todo la presencia abona
De encanto y de poesía:
Desde el cerro que corona
La hermosa y ancha bahía,
Hasta los verdes confines
Que á espaldas de la ciudad
Con un cerco de jardines
La llenan de majestad.
Y el sol, que raro semeja
Cuando baja de la cumbre
Una hoguera que se aleja
Envuelta en un mar de lumbre,
Al dar con sus resplandores
En la ciudad y en el río,
Lleno de blancos fulgores
El agua y el caserío.
Aquella augusta región
De singulares placeres
Guarda como un galardón
Lo bello de sus mujeres,
Que son, para más tesoro
Del país que las retrata,
Como una joya de oro
En un estuche de plata;
Mujer que airosa congrega
Reunidas en una sola
La fina belleza griega
Junto á la gracia española,
Mujer que hace venturosa
Cuando por bañarse viene
Al agua que bulliciosa
En sus ondas la retiene,
Pues que al hacer una hazaña
Con las mujeres aquellas,
Es el mar, el que se baña
En la hermosura de ellas.
Por eso el rugiente mar
Y el Plata con sus caudales,

Se van prestos á juntar
A las playas orientales.

Salvador Fornieles,
Argentino.

LA TUMBA DE LOS MBÁYAS

Leyenda Guaraní (América del Sud)

FRAGMENTO

Debe cantar mi lira americana
La inmortal epopeya
De aquellos que sintieron de ser libres
La aspiración suprema

Himno de redención que los despierte
Y su tumba estremezca,
Y haga latir su corazón de gozo
Estas estrofas sean.

Raudal de melodías sonoras,
Cual cascada de perlas,
Quisiera yo arrancar, al recordarlos,
De sus dormidas cuerdas.

Para salvar su nombre del olvido
Con vibración eterna,
Y memoria dejar de los que osaron
Desafiar á los déspotas.

Para narrar la belicosa historia
De la tribu guerrera,
Que halló en la cumbre de Amambahy gigante
Mausoléo de piedra.

Ser esclavos, después de ser señores
No admitió su soberbia,
Y supieron morir, alta la frente,
Peleando como fieras.

La libertad, sublime don del Cielo,
Su patrimonio era;

LOS ESCRITORES DE «LA REVISTA»



ADRIANO M. AGUIAR

Muerta la patria, de Tupá (1) maldita
Creyeron su existencia.

Almas de acero, dióles el destino
Granítica palestra,
Y á la lid, al martirio, al sacrificio
Los llevó su crudeza.

No huyeron, no, los denodados Mbáyas,
Como tímidas ciervas,
Ante la hueste hispana, que avanzaba
De oro y de sangre ebria.

El horror aceptaron del combate
En aquella hora extrema,
Prefiriendo la muerte á obscura vida
En noche de miseria.

Sangre hirviente corrió sobre las rocas
Peladas y bermejas.
Una lucha feroz abrió á los Mbáyas
Del Báratro las puertas,

Que en el campo, do ahondaba rojo surco
Con pesadumbre inmensa,
Del Carro vencedor de la Conquista
Los trituró la rueda.

No hubo para ellos ni laurel ni mirto,
Ni roble ó madreSelva;
Son para el vencedor. Para el vencido
Hay sólo sombra eterna.

Siemprevivas, las flores del recuerdo,
Siemprevivas y yedra
Sólo crecen allí, donde cayeron,
Sobre la cima escueta.

Mas, perenne memoria nos legaron
De su sin par fiereza,
Antes de dar consigo en el temido
Reino de las tinieblas.

Murieron como buenos, por su patria
Del Guaraní la tierra,
Que forma, noble, el corazón valiente
De la virgen América.

Siglos después, pasmando al extranjero
Que pisa sus fronteras,
Aun supieron luchar sus descendientes
Y caer en la brecha.

(1) Dios.

Bajo el yugo de férrea tiranía,
 Que su rigor no enerva,
 Aún mostráronse dignos rechazando
 De siervo el anatema.

Tal el fiero Spartaco, guerreando
 Con voluntad homérica,
 El estigma infamante rechazaba
 De la romana arena.

Una Alianza, en un lustro de combates,
 No humilló su bandera,
 Que fueron, sí, los leones paraguayos
 Asombro del planeta.

Y, otra vez, en las cumbres desoladas
 De la empinada sierra,
 Oreó la sangre de una raza fuerte
 Un aura de tormenta.

Adriano M. Aguiar.

1896.

CANCIÓN DE PRIMAVERA

(Tan, tan, tan)... Abre Alcibia!.. ¿No has oído
 la canción de Septiembre que despierta?..
 ¿Por qué tanto te duermes en el nido,
 como en un blanco túmulo una muerta?..

(Tan, tan, tan)... Deja el sueño y entreabre
 tus ojos de myosótide!.. Levanta,
 y los cristales de tu alcázar abre
 para que entre la alondra que te canta.

Así, mi amor, así!.. Cúbrete presto
 con tu blanco sayal de muselinas,
 y asómate al balcón, que ya en su tiesto
 florecen las primeras eglantinas.

Ahora bajemos á vagar. Del brazo
 vamos al campo á ver las primaveras,
 á ver si allí al calor de mi regazo,
 se disipan tus cárdenas ojeras.

No llores más!.. Las brumas hibernales
 aureolaron tus ojos con su tedio,
 mas, ya se aterciopelan los sauzales
 y pronto habrán tus lágrimas remedio.

¿No es cierto?—Cuando estalle en los vergeles
la nota del clavel, reiré,—dijiste;—
y puesto que ya estallan los claveles,
no quiero verte más llorosa y triste.

Vuelve, pues, á reir, que allá en las frondas
suspiran las parejas columbinas,
y ya rozan del mar las glaucas ondas,
de retorno al país las golondrinas.

¿Ves aquel lago azul?.. Bajo las taguas
copulan las floridas astromelias,
y cruzan melancólicos las aguas
dos cisnes del blancor de las camelias.

Andemos hacia allá. Dulces poemas
allá te contaré bajo los saucos,
mientras se abren en pétalos las yemas
y me riegan su luz tus ojos glaucos.

Tomemos por acá. Ven y marchemos
cantando cantos á la fiesta eximia;
que allá se irá el Dolor, cuando lleguemos
en todo el esplendor de la vendimia.

Tengo ansias de llegar, porque me toca
de pámpanos orlar tus rizos pálidos,
beber uvas diluidas en tu boca
y darte á beber miel en besos cálidos.

Yo quiero que á la sombra de las parras,
nos amemos como aves entre folias;
que en mis manos—alondras entre garras—
vibren tus pechos como dos magnolias.

Yo me quiero embriagar con tus delicias,
y hacerte desmayar con mis excesos;
yo quiero que me muerdan tus caricias,
yo quiero fallecer bajo tus besos!..

Yo quiero más: Yo quiero entre las olas
jugar contigo cuando el día mengua;
cubrir tu blanca estatua de amapolas
y beber leche y miel bajo tu lengua.

Y todo allá no más, sobre los flancos
de la onda azul que silenciosa rueda;
ante los ojos de los cisnes blancos
que te crearán entre mis brazos, Leda!..

Verás tú, la nostálgica de astrales,
de aéreas excursiones al *Mañana*,
cómo Amor con sus besos estivales
nos vuelve de las puertas del Nirvana.

Verás cómo en tus labios se deslíe
la púrpura del vino si me amas;
y cómo al apurarlo tu alma ríe,
y en un fuego de génesis te inflamas!..

¿Te alegras?.. Pues apúrate mi Alcibia,
que á la sombra propicia de aquel álamo,
temblando está de amor la tarde tibia
que nos brinda su seno como un tálamo!..

Oscar Tiberio,
Argentino.

La Plata.

SUEÑOS COLOR DE AURORA

Y tomados de las manos, mi amada y yo, vagábamos por los tortuosos senderos del bosque, vagábamos silenciosos, oyéndonos los latidos de nuestros corazones siempre amantes, pletóricos de cariño, de ternura.

Y la luna desde lo alto nos enviaba sus rayos de luz diáfana, filtrándose al través del ramaje espeso, simulando un fantástico deshojamiento de rosas blancas, muy blancas.

Y la naturaleza dormía. Y de la tierra fecunda se escapaban fluidos extraños; emanaciones cálidas brotaban de todas partes, algo así como alientos ciclópeos que pugnarán por materializarse, por adquirir forma corpórea.

De las yemas de los árboles, de las aguas cristalinas de los tímidos arroyuelos que se destrenzan por doquiera, salen vahos enervantes, salen fluidos magnéticos, que se alzan, que nos circundan.

Y á lo lejos se oye la melancólica esquila, y cruzan por los aires en todas direcciones pájaros agoreros escribiendo en sus giros enigmáticos y caprichosos, extrañas leyendas grises del País de lo Desconocido.

Y mi amada y yo vagamos, vagamos por las obscuras calles del bosque, rodeando con mi brazo su talle de caña índica, flexible, elástico, teniendo reclinada sobre mi hombro su cabecita artística.

Llegamos á un claro del bosque donde la luz de la luna baña esplendorosamente la escena, y mi pálida princesa, con su voz dulce, acariciadora, con vagos arrullos de paloma, me pregunta cariñosa:

—¿Quieres que descansemos?

Y hacemos alto. Se sienta sobre un tronco de árbol, y yo á sus pies recostando mi cabeza sobre sus rodillas. Mientras enrula mis cabellos con sus deditos afilados, de rosa y nieve, entona una melodía tzíngara, llena de giros extraños, rara, sentida, que llega al alma, que hace brotar lágrimas de mis ojos.

Concluye de cantar y por sus mejillas de azúmbar pálido, resbalan dos lágrimas silenciosas, dos gotas de rocío en las que se quiebran dos rayos de luna.

Y me mira con sus ojos lánguidos, con sus ojos de niña enferma y entonces tomo entre mis manos su cabecita de diosa, busco con mis labios sus lágrimas para secarlas con el calor de mis besos, y en ese instante, el ruiseñor lanza desde lo alto sus arpados trinos, cantando la canción del Amor, la canción eterna de la vida.

Poco después, la respiración suave de mi amada me indica que duerme, y yo velo su sueño dejando que mi pensamiento, jinete en alado hipogrifo, viaje por mundos misteriosos, llegue al País de los Ensueños, en tanto que la luna, sobre nuestras cabezas, como un nimbo de gloria, nos envuelve con sus rayos de plata, con sus rayos pálidos, pálidos como las rosas desmayadas que mi amada tiene prendidas en sus cabellos de ébano.

Casimiro Prieto Costa,
Argentino.

Buenos Aires, Noviembre de 1899.

MUERTECITO

I

La cuna, ese nido
de blancos pañales,
se estremece pausada en la alcoba,
con ritmo de nave.
Gentil gorrioncillo
que pliega las alas,
se acurruca el chiquito...y al cielo
dirige miradas.
La madre le arrulla
con dúlcido acento,

meditando en las cunas y nidos
 sin lloros ni arpegios.
 El padre callado
 tal vez se pregunta:
 ¿es mentira de drama la vida?
 ¿lo cierto es la tumba?...

II

Silencio... Una racha
 de viento penetra,
 sacudiendo importuna las hojas
 de la alta vidriera.
 La Muerte, la mustia,
 se llega á la alcoba,
 y, dejando la flor marchitada,
 sustrae el aroma.
 Silencio... El infante
 parece dormido.
 ¿No le veis?... Entre gasas y tules
 inmóvil y frío.

III

...¿Qué queda en la tierra?
 El cuerpo sin vida
 y los padres que gimen mirando
 la cuna vacía.
 Dejad que repose
 la inerte materia,
 que ya pronto Natura, la sabia,
 dará vida nueva.
 Y entonces el musgo,
 como un terciopelo,
 cubrirá la aridez de la fosa,
 muy túrgido y fresco.
 Y entonces las rosas,
 claveles y lirios
 abrirán sus corolas, ornando
 la tumba del niño.
 Y entonces las áureas,
 sutiles abejas
 formarán su panal exquisito
 de mieles hibleas.
 Y entonces, en ronda
 variada y traviesa,
 batirán mariposas volubles
 sus alas de seda.
 Y en esos insectos
 y cálices lindos
 vibrarán animados efluvios
 de aquel muertecito....

Francisco Mostajo,
 Peruano.

Arequipa (Perú), 1899.

NOTAS DE REDACCIÓN

Nuestros lectores pueden estar de parabienes.

En vista de que nuestra publicación ha encontrado el más decidido apoyo, tanto en nuestro país como en el extranjero, ascendiendo considerablemente la suscripción y llegando á ser respetable el número de sus colaboradores, entre los que se encuentra lo más granado de la intelectualidad de América, nos hemos decidido á introducir importantes mejoras en LA REVISTA, aumentando su número de páginas para que puedan caber en ella cuestiones de fondo que ocupen grandes espacios, é interesen á todos los que manejan la azada del pensamiento. LA REVISTA tendrá, á contar del próximo mes de Enero, cuarenta y ocho páginas bien ilustradas y selectamente impresas.

Para el próximo mes, y sin que se altere en nada el precio de suscripción, aparecerá LA REVISTA transformada por completo, pues á las reformas anteriormente dichas, hay que agregar que saldrá con nuevo tipo, que ha sido encargado expresamente á Europa por el artístico taller de «El Siglo Ilustrado» y que constituirá, por decirlo así, una novedad tipográfica del mejor gusto.

De paso que aumentaremos los fotograbados, vamos á inaugurar, en esa misma fecha, una sección científica, histórica, militar y de derecho que ocupará unas quince páginas, y en la que se han comprometido á colaborar nuestros militares y hombres de ciencia más distinguidos, asociándose de ese modo á nuestra propaganda culta y progresista que tiene por lema: «La ciencia y el arte son hermanos en belleza y en ideales».

De este modo, LA REVISTA, que tiene la más amplia circulación en toda la América, donde ha sido recibida con un aplauso unánime, será artística, literaria y científica, no dejando nada absolutamente que desear á nuestros lectores.

A lo dicho tenemos que agregar que LA REVISTA completamente reformada, aparecerá desde Enero del año entrante los días 10 y 25 de cada mes.

Hemos recibido la nueva obra de Carlos Ortiz titulada *Rosas de Crepúsculo*. Es un hermoso tomo, bien encua-

dernado, artísticamente hecho y que honra verdaderamente á la casa editora en que se ha impreso.

Carlos Ortiz es ya suficientemente conocido en el pequeño país de las letras americanas, para que pretendamos emitir un juicio sobre su personalidad literaria. Se trata de un verdadero poeta que ha conquistado un puesto honroso en el Parnaso argentino, distinguiéndose por lo diáfano y original de la idea, siempre elevada y profunda, que cristaliza correctamente en una forma amplia, fluida, de líneas serenas y elegantes.

Hay en *Rosas de Crepúsculo* verdaderas páginas de inspiración que constituyen un laurel más para el distinguido autor del libro.

Agradecemos la fina dedicatoria con que nos honra, felicitándolo por este nuevo triunfo de su numen vigoroso y aristocrático.

Tenemos que presentar á nuestro selecto público, ocho nuevos colaboradores á cual más ilustre, que desde ya ingresan á nuestro cenáculo, presentándose en una forma realmente hermosa. Todos ellos nos han enviado sus producciones acompañándolas de epístolas encomiásticas para nuestra publicación y ofreciéndose á colaborar constantemente en ella.

Méjico, Perú, República Argentina y nuestro país, están dignamente representadas por los distinguidos literatos que nos ocupan.

Este nuevo ingreso de importantes colegas extranjeros, prueba una vez más, que nuestra revista se abre paso de una manera triunfal, hallando la más franca acogida en todas las Repúblicas del continente, donde es solicitada con el interés que despiertan las cosas que valen.

Moisés Numa Castellanos, original é ingenioso poeta argentino, de forma esbelta y elegante, cuyas inspiradas producciones han sido justamente aplaudidas en toda la América; Lázaro Pavía, uno de los mejores estilistas de Méjico, coronel y abogado, autor de varios libros que en brazos del Éxito han recorrido los países septentrionales del continente; Francisco Mostajo, original poeta peruano, que tiene algo de la sencilla ingenuidad de Lamartine; Francisco A. Riu y Oscar Tiberio, á cual más inspirado y elegante, que en el molde nuevo vacían ideas propias, llenas de luz, y que en un yunque parnasiano

forjan sus bruñidos endecasílabos; Casimiero Prieto Costa, con quien se puede argumentar, leyendo sus cuentos poéticos, llenos de color y de sentimiento, á favor de la ley de herencia; por último, Antolín R. Lassús y Tomás A. Amadeo, dos jóvenes cruzados llenos de méritos, que son una verdadera promesa para las letras, por cuanto en sus primicias revelan la savia imaginativa que poseen en abundancia.

A todos ellos nuestros parabienes y las más efusivas gracias por su visita.

José M. Blanch Codoñer, infatigable obrero de las letras, digno de ser aplaudido por su fecunda laboriosidad artística, nos ha enviado su nueva obra titulada «Vida Nacional», la que comprende una serie de novelas ilustradas, que ocupan un volumen de 478 páginas, bien impresas.

Sin tiempo apenas para hojearla, hemos descubierto en ella verdaderas páginas de mérito, en que el autor se revela narrador abundoso y concienzudo, que hila los hechos con habilidad y desenvuelve la acción novelesca, en un terreno amplio y lleno de oxígeno.

Felicitamos al colega por su nuevo libro.
